




Últimas noticias de mi padre

 **padre** tenía, en su juventud, manchas blancas en la frente y en las manos. Con los años el vitiligo —o mal del pinto— acabó por comerse todo el pigmento de la piel hasta volverla aún más blanca. No sé por qué recuerdo esto ahora. Recuerdo también la vez que peleó con mi madre, una de tantas veces. De los insultos de siempre pasaron a los jaloneos y él la arrastró al baño.

Los recuerdos se agolpan. Una noche como ésta, la de un sábado apacible y cálido, mi padre llegó azotando la puerta, aunque no tan ebrio como otras veces. Fingimos no verlo y continuamos mirando las caricaturas en la televisión. La discusión con mi madre, extrañamente, no fue tan violenta aquella vez. Ya los había escuchado decirse muchas veces rabiosos insultos que aludían a la ignorancia de mi madre, que apenas había terminado los estudios primarios, y a la

prepotencia intelectual de mi padre. De nada valía que fuera tan culto e inteligente y se rodeara de intelectuales si se comportaba como una bestia, un perfecto patán, le reprochaba mi madre. Y ella nunca se había preocupado por leer un poco más, por aprender y volverse la refinada esposa de un editor, le contestaba él. Mis pequeños hermanos abrían aún más los ojos y lloraban casi en silencio, como si entendieran el significado de esas andanadas.

Esa noche se lanzaron un par de palabras hirientes, manotearon y se trenzaron en una refriega como no habíamos visto nunca: no había golpes sino forcejeos, tirones, desplantes de fuerza, como en la lucha libre. Mi padre la sujetaba por la cintura y la empujaba por el pasillo, hacia el baño. Mi madre se resistía. Yo la encontraba hermosa aún, con unos ojos grandes como los de Elizabeth Taylor y un cuerpo que los hombres no dejaban de mirar en la calle, sobre todo cuando se calzaba las medias de costura negra, como las actrices hollywoodenses de los años cincuenta. Ella se quejaba con mi padre de las ávidas miradas de esos hombres lobo, pero él no parecía molestarse y yo no entendía bien a bien lo que pasaba cuando caminaba junto a ellos por la avenida del Niño Perdido.

Mi madre apenas se quejó cuando mi padre le dio un fuerte tirón de los cabellos. Cómo eres bruto, le decía, y nos gritaba que siguiéramos viendo la tele. Era

demasiado extraño para comprenderlo. La expresión maligna en el rostro de mi padre –un hombre apuesto a los treinta años–, la débil resistencia de mi madre... A empujones logró meterla al baño y cerrar la puerta con el seguro. Los dos hermanos más pequeños dudaban entre dirigir sus miradas a la pantalla o a la sorda lucha que se libraba al fondo del pasillo. Alberto y yo no sabíamos si debíamos ayudar a nuestra madre o permanecer al margen, como finalmente tuvimos que hacer. La puerta del baño tenía una ventana estrecha en la parte superior, por donde decidimos ver lo que pasaba ahí dentro. Me subí a una silla y mi hermano se trepó sobre mis hombros, y así apenas alcanzaba a atisbar cómo mi padre desnudaba a mi madre, que casi había dejado de oponer resistencia, y abría la llave del agua caliente. Pronto el cuarto se llenó de vapor y Alberto me decía que casi no veía lo que pasaba. Mi madre gritaba esporádicamente algo que no entendíamos pero que parecía un insulto sin fuerza. Mi padre se desvistió también y jaló a mi madre bajo la regadera. Corrió la cortina y la escena desapareció de la vista de mi hermano, exactamente un año menor que yo. Yo sabía lo que pasaba detrás de la cortina de plástico. Creo que nunca más volvieron a dormir juntos.

Entre mi padre y yo siempre ha habido una ligazón extraña. Una suerte de complicidad que me hacía estar con él a pesar de su dureza y de sus arrebatos irascibles –pasajeros, por lo general–. Como si yo supiera por qué lo hacía, por qué era así. Una vez él se encontraba de viaje, en Veracruz, y debería llegar a casa la noche de un sábado. Escuché el sonido de la llave al entrar en la cerradura y el ruido de la puerta al cerrar. Escuché sus pasos lentos por el pasillo –tengo que decir que no siempre llegaba borracho–, abrió la puerta de mi recámara y me sonrió. Entonces dormí tranquilo. A la mañana siguiente me levanté temprano para despertarlo y salir con él a comprar el diario, pero no estaba en su cuarto. No había llegado a causa de una tormenta en el puerto veracruzano. Cuando llegó, más tarde, se lo dije y se quedó callado. Después me contó que a la hora en que lo escuché debió haber llegado. Desde pequeño fui capaz de advertir cómo su mundo se resquebrajaba paulatinamente y la manera en que sólo el alcohol y las farras le producían alivio, lo vivificaban. Me hablaba casi como a un adulto y me regalaba diccionarios, enciclopedias, obras clásicas. Me enseñó a corregir textos y así me ganó la vida desde muy joven. Me apropié de su aversión por la Iglesia y de su rechazo por la gente imbécil, como la llamaba él: “Mira cómo son feas las mochas –me decía ante las puertas de cualquier templo católico–, y qué cara de tontos tienen todos.” Por mi

madre yo sentía una compasión aguda, dolorosa, pero también le reprochaba en silencio su sumisión, sus arrebatos de histeria. Ahora mi padre parece un judío viejo y cansado. Sigue siendo un comunista fiel y su genio arbitrario e irritable se ha suavizado con los años. Dice que escribirá sus memorias pero no ha empezado a hacerlo. Hace siete meses que no lo veo. En diciembre prometí enviarle algunos pesos y no lo hice. Habría preferido que Daniel Herrera, un amigo escritor de Torreón, no me hubiera contado sus últimas andanzas: organiza al menor pretexto fiestas en su pequeña casa y ofrece a sus invitados una olla a medio llenar con una mezcla repugnante de restos de diversos licores, entre otras anécdotas que ya no viene al caso decir aquí. Hace unos años un poeta resentido trató de matarlo de una cuchillada en el cuello porque mi padre no quiso publicarle sus textos ridículos. En otra ocasión se quedó dormido, ebrio, con el cigarro encendido y cuando despertó la mitad de sus libros habían sido devorados por el fuego. La herencia de mi padre sería la otra mitad.



Cuando mi padre murió fui a su casa en Torreón y tomé, de entre sus modestas pertenencias, un pequeño búho de yeso, algunos libros gastados y un casete que se llama *Música de La Laguna. La canción cardenche*,

que editó el INAH en 1990. Nunca había escuchado ese antiguo género que aún cantan a capela un puñado de ancianos en los ejidos de La Flor de Jimulco y Sapioriz, cerca de Lerdo. Con la muerte de Antonio Valles, Genaro Chavarría y Guadalupe Salazar, entre unos pocos más, se apagarán –;se habrán apagado ya?– también decenas de esas bellísimas melodías de amor a la mujer, a Dios y aun a los fieles difuntos, aunque también las hay pícaras y de doble sentido. “Ahora nos tiran de locos”, dijo don Lupe, “no les gusta oír eso ya, la música que está entrando está quitando todo lo antiguo”. La canción cardenche –nombre tomado de un espinosa cactácea del desierto– consta de tres o cuatro voces cansadas que se distribuyen de acuerdo con la tesitura del cantante: la grave es “el fundamental”, también conocida como “la marrana” o “el arrastre”; la segunda o intermedia es la que lleva la melodía, y a la más aguda se le llama “contralta”, “arrequinte” o “requinto”. Suele haber en medio de algunas de estas piezas largos silencios que acentúan la emotividad.

Cuando volví a casa puse el casete. Apenas unos segundos después esos dulcísimos lamentos bucólicos y esas letras ingenuas, arcaicas, me habían provocado un copioso llanto que duró toda la tarde. No lo he puesto más de tres veces porque en un instante las lágrimas escapan tan abundantes como un sorpresivo chubasco en aquellas áridas tierras.

Hace unos días Luis González de Alba me envió un escueto mensaje que decía: “¿Ya habías visto esta maravilla? No logro dejar de llorar...” A esa frase seguía el link en YouTube que lleva a la hermosa canción de 1961 “Stand by me”, de B. E. King, J. Leiber y M. Stoller, de la cual las más famosas interpretaciones son las que hicieron Cassius Clay en 1966 y John Lennon casi diez años después, en 1975. Esta versión es parte de Playing for Change: Song Around the World, “un movimiento multimedia creado para inspirar, conectar y ofrecer paz al mundo por medio de la música”, y es cantada y ejecutada por jóvenes y viejos músicos callejeros de todos los géneros y de las más distantes ciudades y pueblos del mundo, editada de manera que parece que todos ellos la cantan simultáneamente en Santa Mónica, Ámsterdam, Zuni (Nuevo México), Tolosa, Río de Janeiro, Moscú, Nueva Orleans, Caracas, El Congo, Barcelona, Umlazi, Guguletu y Mamelodi (Sudáfrica) y Pisa.

“¿Por qué lloraste tanto?”, le pregunté a Luis. Me respondió que la canción le gusta y hacía años que no la escuchaba, y que al ver a todos esos músicos tan expresivos y reflexionar sobre la intención y la tecnología que hizo posible ese coro mundial las lágrimas brotaron de manera irresistible.

Las canciones nos hacen sentir alegres, tristes o tranquilos porque las asociamos con recuerdos o

experiencias, pero hay piezas musicales que son tristes en sí, como las que están compuestas en tonos menores, las cuales probablemente estimulan o detonan algo en planos subliminales. Puede ser la “Rapsodia de un tema de Paganini” de Rachmaninoff o una simplona balada comercial. “Un amigo mío”, dice Luis, “me dijo que las canciones griegas, aun sin entender la letra, le causan una profunda melancolía”. Me gustaría saber con qué música lloraba mi padre.



La experiencia de encontrarse frente a una persona que se llama como uno es desconcertante, casi tanto como la de reflejarse en un espejo que nos devuelve una imagen levemente alterada o, más alucinante aún, toparse con un doble. El nombre nos define, de ahí el desconcierto al encontrar nuestro nombre calzado en otro ser.

(Borges escribió sobre esto, con portentosa imaginación, en *Borges y yo*, *El otro* y en su poema *El otro, el mismo*.)

Hace años, en la Feria del Libro de Guadalajara, me presentaron a un editor que responde al mismo nombre y apellido que yo y a quien le enviaban libros y mensajes que eran para mí; aunque yo también recibía algunos destinados a él, hasta que los remitentes entendieron que se trataba del mismo apelativo desdoblado en dos sujetos.

Hace unas semanas, en Torreón, un diario local dio cuenta del asesinato de un hombre de cuarenta y seis años por una banda a la que apodan Los Carniceros por dedicarse a la matanza de animales. Lo golpearon con tubos y varillas y, después de asestarle varias cuchilladas, murió unas horas después en el hospital. Ese hombre se llamaba Rogelio Villarreal. Sentí un leve escalofrío al leer ese nombre que es el mío.

En esa ciudad, otro Rogelio Villarreal murió a los sesenta y nueve años en julio de 2002. Aunque mi padre llevaba una vida más o menos plácida en Torreón, en ocasiones se desmandaba y era protagonista de las peores francachelas, como lo atestiguaron escritores laguneros como Daniel Herrera y Jaime Muñoz. Sin embargo, hacía lo que quería: leer casi todo el tiempo, acostado en un sofá y rodeado por cuatro ventiladores que lo mantenían fresco en medio del calor abrasador del desierto. A unos pasos de su casa estaba la cantina La Riviera, en la que acostumbraba despachar asuntos como la publicación de autores de la región. Frecuentaba cocteles y presentaciones de libros y conciertos, gustaba de caminar blandiendo su bastón como si fuera un lord inglés –a veces se vestía todo de blanco, como un terrateniente tropical–, comer opíparamente en alguna fonda barata y después sentarse en las bancas de la Plaza de Armas a leer el diario y ver pasar la tarde. Por las noches escribía a mano poemas,

notas y algo que, decía, sería una novela sobre el 68 mexicano.

Tenía diez mil libros bien clasificados y afirmaba haberlos leído todos. Nunca lo dudé, pues desde chico recuerdo haberlo visto siempre con un libro en las manos y varios más en el buró. A su erudición añadía su sentido del humor. De él heredé la pasión por Groucho y sus hermanos, pero también por el Piporro, cuyos retruécanos podría haber celebrado aquel cómico del grueso mostacho de pintura.

Me contó Daniel Herrera que una vez fue a visitarlo y, al momento de tocar la puerta, un par de coches se estrellaron en la esquina. Doña Luz, ayudante de mi padre, abrió asustada y fue corriendo a decirle lo que había pasado. Él, recostado como un pachá, respondió sin despegar la mirada del libro en turno: ¿Ah sí?, no me importa...

Mi padre ya no pudo resistir el tercer infarto. Pasó la noche en el hospital sin perder el buen humor. Bromeaba con la enfermera y con doña Luz, fiel como una nana. Escuchen, les decía a las dos mujeres, me están llamando... No, don Rogelio, nadie lo está llamando... Sí, oigan, es del 666, debe ser el diablo, que ya me está esperando... y sonreía ante la congoja de las pobres mujeres.

Esa madrugada de hace siete años murió mi padre, que se llamaba como yo. Me pregunto si una parte de mi nombre murió con él.

